



Congreso Internacional de Educaciones, Pedagogías y Didácticas

Pedagogías críticas latinoamericanas



Tunja - Boyacá

2020

Del 6 al 9 de octubre

Experiencias de maestras y maestros



Uptc
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia

ACREDITACIÓN INSTITUCIONAL
DE ALTA CALIDAD
MULTICAMPUS
RESOLUCIÓN 2810 DE 2013 MEN / 9 AÑOS

FACULTAD
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Maestría en Educación

Maestría en
Gestión
Educativa

LA UNIVERSIDAD
QUE QUEREMOS

HABITAR LA ESCUELA SIENDO GAY: RESISTIR EN UN ESPACIO INHABITABLE

Autor:

Báez Monsalve, Juan Fernando

Historiador de la Universidad Industrial de Santander y magíster en educación de la Universidad Pedagógica Nacional. Buena parte de este trabajo proviene de la tesis de maestría titulada "Aquellos niños que yo también fui. Vínculos y resistencias de los sujetos gais en la escuela", presentada ante la Universidad Pedagógica Nacional en mayo de 2020.

Correo electrónico: ferbm23@gmail.com

Eje temático: Diversidad e inclusión

Resumen: La escuela ha sido una institución que ha naturalizado históricamente el ideal heterosexual como única forma legítima y posible de las prácticas y los deseos sexuales y de género. Como afirman Epstein & Johnson (1994), la escuela forma a partir de una presunción de heterosexualidad, razón por la que, en concordancia con Butler (2012), la escuela reproduce los principios de la matriz de inteligibilidad heterosexual, con el fin de crear y legitimar a unos cuerpos que son posibles y a otros que son imposibles. Sin embargo, ¿qué ha ocurrido y cómo han vivido aquellos niños y niñas LGBTI su paso por una escuela que presume su heterosexualidad? Desde esta orilla es que se desarrolla el argumento de este trabajo de investigación, el cual se ha concentrado en reconocer qué ha significado ir la escuela siendo gay desde la segunda mitad del siglo XX en la ciudad de Bucaramanga.

Para ello, se han tenido en cuenta diez relatos biográficos de hombres gais, de acuerdo con los lineamientos metodológicos de Arfuch (2002). Experiencias y recuerdos que han sido confrontados con los planteamientos teóricos de Butler (2012 y 2013), Epstein & Johnson (1994), Epstein, O'Flynn & Telford (2000) y Planella (2015), para generar un análisis sobre lo que significan las prácticas sexuales y de género dentro de la escuela y su (i)legitimación y, sobre todo, para posicionar las voces de los propios sujetos gais desde la primera persona y formular nuevas perspectivas sobre las formas de la sexualidad y la existencia de la escuela.

Palabras clave: Escuela, Homosexual, Gay, Bucaramanga, Relato biográfico.

Introducción

Homosexualidad y escuela han sido dos conceptos que, cuando intentan exponerse en un mismo contexto, han sido problemáticos e, incluso, pensados como contradictorios. Para buena parte de los discursos conservadores actuales, que se sustentan en la tradición cristiana, la homosexualidad es una posibilidad de la vida no deseada. Ser gay (como ser lesbiana, bisexual o trans) es una condición que se percibe como pecado, rebelión, desorden, amenaza o contagio. Y es por eso que escuela y homosexualidad parecen ser antagónicas: frente a una concepción de los niños y las niñas como inocentes, asexuales/asexuados e ignorantes de sus propios cuerpos, la homosexualidad aparece como una perversión que busca sacarlos de su cándido e idealizado mundo para ideologizarlos y corromperlos. La existencia de sujetos homosexuales en la escuela es vista por muchas personas como el germen de un grave problema, en cuanto una vez un niño comienza a sentirse cercano o a identificarse como homosexual no solo interrumpe un supuesto destino biológico y social que lo debería dirigir hacia el matrimonio y la monogamia heterosexual, sino que, al mismo tiempo, lo hace militante de un proyecto que captura constantemente nuevos elementos en sus filas. Esta concepción de la homosexualidad en la escuela (y fuera de ella) termina, entonces, por dividir al mundo entre unos

buenos y unos malos, entre unos victimarios y unas víctimas, razón por la que quienes perciben a la homosexualidad como un mal para los niños y las niñas se preparan para hacer frente a una supuesta conspiración que tiene aliados igualmente temerarios: la izquierda, el liberalismo, el feminismo, el ateísmo, etc. (Semana Educación, 2016).

Postura esta que se ha consolidado en los últimos años bajo la noción de *ideología de género*, que la militancia conservadora en América Latina, dirigida por algunos jerarcas de la Iglesia Católica y por personalidades del evangelismo neopentecostal, ha asociado claramente con la escuela y un presunto *lobby* LGBTI que trabaja sin descanso para impedir que los padres formen a sus hijos libremente y, en cambio, se conviertan en gais, lesbianas, bisexuales o trans por medio de políticas estatales centradas en la educación. De esta manera, la escuela ha comenzado a verse cada vez más como un espacio en disputa ideológica, por medio de discursos que antagonizan posturas y se mediatizan rápidamente. Un fenómeno que ha consolidado aún más la idea de que los niños y las niñas carecen de sexualidad, al tiempo que propende por borrar cualquier rastro de educación y formación que se salga de la normatividad heterosexual y que elimina espacio alguno de presencia pública y reconocimiento de unas *otras* sexualidades, a pesar de que sea imposible negar que están presentes en los espacios escolares (Martínez, 2017).

Teniendo en cuenta este complejo contexto, esta investigación se concentra en exponer qué ha significado para los sujetos gais haber habitado la escuela, en la medida en que se entiende que, a diferencia de lo que plantean los discursos conservadores, los cuerpos homosexuales han hecho parte constantemente de las dinámicas escolares, a pesar de verse amenazados y castigados por el hecho de serlo. Para ello, se han tenido en cuenta los relatos biográficos de diez hombres que han ido a la escuela entre la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del siglo XXI en la ciudad de Bucaramanga¹, con el objetivo de comprender los cambios y las permanencias históricos recientes de la escuela

frente a la (indeseada) presencia de sujetos homosexuales en su interior, de acuerdo con las posturas teóricas de Leonor Arfuch. Relatos biográficos que han sido confrontados y complementados con las posturas teóricas de Judith Butler sobre las prácticas y los deseos sexuales coherentes e incoherentes y la (in)inteligibilidad de género frente a la matriz heterosexual y la heteronormatividad; de Debbie Epstein y Richard Johnson y Debbie Epstein, Sara O'Flynn y David Telford sobre la presunción de heterosexualidad que ha mantenido la escuela y sus consecuencias para los cuerpos homosexuales; y de Jordi Planella y la necesidad de plantear una pedagogía sensible frente a los cuerpos otros y fronterizos. Las siguientes líneas, por lo tanto, exponen abierta, aunque somera y limitadamente, cómo la escuela ha sido un espacio habitado por cuerpos homosexuales, pero inhabitable para ellos mismos, en cuanto ha sido un espacio de formación desde y para la heterosexualidad. De esta forma, se espera realizar una contribución al debate sobre el género y la sexualidad en la escuela y, así, generar una posición de resistencia ante los discursos conservadores actuales sobre la existencia misma de las personas LGBTI y sus (im)posibilidades de habitar el mundo.

El silencio homofóbico de la escuela y los cuerpos abyectos

Habitar la escuela siendo homosexual es enfrentarse a una institución que parece

¹La referencia a Bucaramanga es relevante aquí, pues, en primer lugar, ha sido el espacio en donde el autor ha pasado la mayoría de su vida y en donde ha formado gran parte de su subjetividad; y, en segundo lugar, porque considera importante posicionar un discurso que visibilice las dinámicas propias de las regiones de Colombia, frente a una tradición que ha tenido mucho más en cuenta a la centralidad capitalina, razón por la que pensarse el género y la sexualidad desde la provincia permite, tal vez, unos acercamientos diferenciados a sus problemáticas, al tiempo que funciona como estrategia de identificación con otros sujetos y cuerpos que han vivenciado experiencias similares y no se han sentido retratados por análisis y propuestas desde Bogotá.

guardar un silencio constante hacia su vida y su existencia. Por eso, ser homosexual en la escuela es reafirmarse constantemente la imposibilidad de ser como sujeto público y reconocible por los otros, en cuanto el sujeto gay aprende que habita un lugar en donde no puede nombrarse, no puede exponerse ni visibilizarse, al menos no si no quiere enfrentarse al castigo de la homofobia. Dicho en otras palabras, habitar la escuela siendo homosexual es reafirmarse constante en la imposibilidad de entenderse como homosexual frente a los demás y con los demás, debido a la incoherencia y a la ininteligibilidad de género de su propio cuerpo, razón por la que el sujeto es silenciado por los otros y se silencia, muchas veces, él mismo. Por eso, el silencio de la escuela que es habitada por el sujeto homosexual no es neutro ni busca ser indiferente ante su existencia. Por el contrario, es un constante recordatorio de acallamiento, de no poder publicar ni hacer evidentes ciertas prácticas y ciertos deseos que son considerados imposibles, razón por la que el silencio siempre es amenazante, pues quien ose romperlo asumirá consecuencias que pesarán sobre su propio cuerpo, un cuerpo que casi siempre es asociado con lo oscuro, lo nefando y lo trágico. Como señala uno de los entrevistados, que habitó la escuela entre los años sesenta y setenta del siglo XX: "la ignorancia de lo que era el mundo gay era absolutamente total. Era un tema que no se hablaba. Era un tema que no se tocaba. Y que, si se hablaba, era de cosas como de que violaron a un muchacho, de que hubo un crimen. Una cosa así" (entrevista 1).

Por eso, el silencio de la escuela frente a la existencia de sujetos homosexuales termina consolidando la naturalización de la heterosexualidad. Al ser el sujeto gay un cuerpo que debe esconderse, invisibilizarse y callar, la heterosexualidad se posiciona desde sus prácticas y deseos como la única forma legítima de la sexualidad y, al mismo tiempo, determina quiénes pueden ser legítimos y quiénes no: "yo diría que, básicamente, se asumía [en la escuela] que no podía existir eso [la homosexualidad] y ya. Se silenciaba todo. No se tocaba el tema. Si alguien llegaba a decir, eh, 'Juan es marica', [le respondían] 'cuidado con lo que está diciendo' y ahí moría el tema. Además, porque era todo muy estricto, todo era

muy a escondidas, todo con el sigilo” (entrevista 2). De ahí, entonces, que la escuela presuponga la heterosexualidad de quienes la habitan, no porque ignore que existan personas homosexuales, sino porque sería inconcebible que se las tratara con la misma legitimidad que la heterosexualidad. La homosexualidad comprende prácticas y deseos tan extraños, indeseables y oscuros que no pueden hacer parte de la escuela ni de su currículo. La neutralidad silenciosa que pareciera acompañar al proceso de formación que ofrece la escuela es, en realidad, una legitimación constante de la heterosexualidad y de sus formas públicas, lo cual ha tenido una clara incidencia en la manera como los sujetos homosexuales han comprendido su propio cuerpo, pues desde el principio es claro que un cuerpo homosexual, aunque exista, no puede nombrarse y percibirse y siempre será necesario trabajar por parecer otro, otro que debe ser heterosexual, un heterosexual idealizado. El silencio de la escuela, por lo tanto, hace que la heterosexualidad hable todo el tiempo, mientras la homosexualidad permanece silenciada: “no recuerdo nunca que se hablara de la homosexualidad ni del lesbianismo. Ni para bien ni para mal. Era como un tema tabú. No. O sea, en mi casa tampoco. Era un tema que nunca se tocó. [...] Nunca. Ni profesores ni nada. O sea, nunca. Ni nadie fue a hablar ni nadie nos mostró nada” (entrevista 6).

Ante esto, es más que evidente que el silencio de la escuela funciona de la mano con la homofobia, pues mientras el silencio busca la división de los cuerpos entre aquellos legítimos/posibles e ilegítimos/imposibles, la homofobia se encarga de castigar a los segundos. La homofobia en la escuela, por lo tanto, les recuerda a quienes la habitan que existen cuerpos que pueden ser castigados por no ajustarse a la normatividad de género y que dicho desajuste está prohibido. Por esta razón, el silencio de la institución escolar solo se rompe cuando está sostenido por la homofobia: hablar de posibles cuerpos homosexuales y evidenciar ante todos que pueden estar dentro de la escuela, que tal vez algunos de ellos muestran rasgos de serlo y que existe una vigilancia escolar que los va a detectar y a castigar no sirve para visibilizar a los sujetos homosexuales, para

ubicarlos al mismo nivel que los heterosexuales, sino que su objetivo es forzar su ocultamiento, su no reconocimiento y su deslegitimación por sí misma y frente a los otros: “había profesores que eran muy homofóbicos y constantemente hacían comentarios muy fuertes tratando a la población homosexual. Entonces, por ejemplo, cuando alguien hacía algo [le decían] ‘esta partida de maricones’ o cuando alguien hacía un comentario así, no faltaba el profesor que hacía como que ‘ay no, pues, ahora pártete’” (entrevista 3). El silencio y la homofobia se posicionan, pues, como las condiciones bajo las que los cuerpos homosexuales habitan una escuela que termina siendo inhabitable.

La escuela inhabitable

El silencio de la escuela y la amenaza y el castigo de la homofobia han condicionado las posibilidades de habitar los espacios escolares para los sujetos gais, puesto que para algunos ha significado un lugar del cual huir, mientras que en otros casos ha sido un espacio desde donde expresar ciertas sensibilidades y generar determinados vínculos. De todas maneras, estas dos consecuencias no deben entenderse como contradictorias o paralelas, sino como coexistentes, en la medida en que el sujeto gay comprende desde muy temprano que no pertenece al espacio escolar en el que se encuentra, aunque debe habitarlo siempre en silencio. Por eso, la escuela ha sido un lugar habitado y no habitable al mismo tiempo, pues el sujeto homosexual ha sabido desde siempre que la escuela no hace parte de los espacios en donde uno puede ser públicamente lo que es. De esta manera, ha persistido un deseo de no estar y de un futuro en el que sea posible la expresión del ser que la escuela no permite. Como apunta uno de los relatos que se sitúa a comienzos de los años setenta del siglo XX: “por eso la obsesión mía de irme para Bogotá. Yo sentía que aquí no iba a poder nunca hacer nada. Y fue muy particular, porque yo dije ‘tengo que irme para Bogotá’. Y la única manera era conseguir una carrera que no hubiera en Bucaramanga” (entrevista 1). Más allá de las posibilidades económicas de quien relata (ir a la universidad y en una ciudad nueva no ha estado siempre al alcance de todos), lo

que termina por evidenciarse es el deseo de la huida, del escapar de un contexto del que el sujeto homosexual entendía que no hacía parte, precisamente por ser homosexual. Ni la escuela ni la ciudad le pertenecían ni él pertenecía a ellas, no como estudiante o ciudadano, sino como parte de quienes han recibido de manera completa y satisfactoria la cultura heredada desde la heterosexualidad. El sujeto homosexual ha terminado siendo consciente, pues, de que no es heredero total del legado que la escuela le ha ofrecido, el de la presunción de heterosexualidad, y de que será castigado si se entera que no lo ha acogido del todo.

Por eso, entonces, la escuela no ha poseído una ambivalencia sobre sus posibilidades o no de ser habitada por parte de los sujetos gais, sino que ha sido siempre un lugar en donde *no se debería estar por ser homosexual*, entendiendo esta premisa como la constante advertencia que ha hecho la escuela de que no se puede estar en ella siendo homosexual ni se puede expresar dentro de ella lo que uno es; pero, al mismo tiempo, ha sido un lugar en donde *uno está, a pesar de ser homosexual*. En otras palabras, habitar o no la escuela no ha sido una opción para aquellos sujetos homosexuales que han asistido a ella, mientras ha sido una constante el deseo de no estar en ella, aun cuando se generaran dentro de ella y por ella experiencias y relaciones con los otros. Así, la escuela puede entenderse como un lugar que es habitado, pero que pocas veces se presenta como habitable para quien ose o desee expresar públicamente su homosexualidad. De ahí, pues, la repetición de una constante que se ha reflejado en la cita textual anterior y que ha continuado vigente a lo largo del tiempo. El deseo e, inclusive, la necesidad de salir de la escuela para poder expresar ciertas prácticas y deseos desde el ser homosexual es un condicionamiento que se ha mantenido a lo largo de los años que toma esta investigación como referencia. Como lo retrata uno de los sujetos entrevistados, que fue a la escuela a comienzos del siglo XXI:

“Aparte de las cosas que hacía con mis amigos del colegio, [pues] con ellos también salía y bebía y salíamos a fiestas y etcétera, pues también tenía mi otro combo, que era como la gente gay con la que me sentía bien, porque yo podía ser yo en muchos, en otros aspectos. Porque no puedo decir tampoco, así dramáticamente, que con mis amigos del colegio no podía ser yo, porque era yo también en muchos otros [aspectos]. Y mis amigos del colegio [en la actualidad] lo saben [que soy gay] y lo tomaron súper bien. Y yo digo, después de haberles dicho: ‘¿por qué carajos no les dije en el colegio si hubiera sido la misma vaina?’. Porque nos llevábamos bien por muchas cosas más, aparte de lo que yo era en cuanto a mi sexualidad”. (Entrevista 5)

Esta cita refuerza la afirmación de que la escuela no es habitable si los cuerpos homosexuales son públicos, aunque termina siendo habitada para el sujeto que es gay en silencio. Como apunta el entrevistado, ser gay, afirmarse como tal ante otros, era una posibilidad que se daba en otros espacios y no en la escuela. Y aquí aparecen de nuevo esas prácticas que se vuelven incoherentes. Mientras que afirma poder ser desde otras aristas de la personalidad diferentes a lo que significa ser gay, ser gay era algo que no podía ser en la escuela o, por lo menos, que no podía ser concebido como tal. Pero ¿existen prácticas y posibilidades de ser del sujeto homosexual que se salgan de su propia homosexualidad y otras que no?, ¿puede el sujeto dividirse de esa manera? Si se profundiza un poco más sobre lo dicho por el entrevistado, pareciera más acertado alegar que las prácticas que llevaba a cabo en la escuela le eran permitidas en cuanto el sujeto negaba constantemente que eran practicadas por un cuerpo homosexual. ¿Qué hubiese pasado si quienes habitaban la escuela junto con él hubieran sabido de su homosexualidad?, ¿hubieran continuado siendo sus prácticas con ellos igualmente legítimas y posibles?, ¿se hubiese mantenido para ellos la división que el sujeto homosexual sí tenía que hacer entre el estar dentro y fuera de la escuela? Probablemente no. Y esa probabilidad se sustenta, justamente, en la imposibilidad de mostrar a los otros su homosexualidad durante aquellos años.

Aunque desde un relato y un recuerdo adultos, posteriores a la salida del armario, se vea como poco trascendental no haber contado a los otros que sus prácticas y deseos eran homosexuales, lo cierto es que nunca pasó mientras el sujeto entrevistado estuvo en la escuela ¿Por qué?, ¿fue un simple temor personal o, de pronto, una mera inseguridad? Pero ¿qué razones pudieron impulsar a que afloraran el temor y la inseguridad? En este punto parecen volver los fantasmas de la amenaza y del castigo de la homofobia. Aun dando por sentado que sus amigos lo hubiesen tomado bien y no hubiera habido ningún cambio en la relación entre el sujeto gay y los otros compañeros, la imposibilidad de nombrarse como un cuerpo homosexual durante los años de escuela y, unido a esto, la necesidad de expresarse como tal con otras personas fuera de la escuela y del contexto de amistad escolar de aquellos años ilustran bastante bien que las posibilidades de entender a la escuela como un espacio habitable para el sujeto homosexual como sujeto público fueron casi nulas, por no decir que imposibles, al menos hasta el periodo en el que se inserta el entrevistado. Dicho de otra manera, lo relevante de este fragmento es destacar cómo el no contar a los otros que se es homosexual (si no se es afeminado o no se ha sido catalogado por serlo) viene muy probablemente enlazado con vislumbrar la posibilidad del castigo por parte de la homofobia en la escuela. La seguridad de tener un grupo de amigos fuera del plantel hace pensar sobre una dinámica escolar amenazante y castigadora, porque, después de todo ¿hubiera sido también posible para el sujeto homosexual hacer parte de un grupo de amigos gays dentro de la escuela sin el temor a ser reprendido?

Ahora bien, un último punto a resaltar aquí es observar cómo los movimientos para intentar alejarse de la amenaza y el castigo homofóbicos, que tanto se han repetido en la escuela, han tenido algunos cambios a lo largo del tiempo. Si se vuelve a la primera cita de este apartado, esta relataba cómo la estrategia de escape de la realidad de la escuela (y de paso de la familia y la ciudad) era irse lejos, fuera de la capacidad de sus padres y maestros de observar y vigilar al sujeto. El sujeto homosexual de aquellos años setenta parecía sentirse solo,

acorralado y aislado. Por eso el recuerdo de la obsesión del entrevistado por llegar a la capital, en donde podría ser lo que siempre había sido y, sobre todo, lo que ya sabía que no iba a dejar de ser. Esto contrasta con el siguiente relato, que deja ver que a principios del siglo XXI ya las posibilidades de ser lo que uno es podían darse paralelas a los años de escuela, aún bajo la permanencia de la homofobia amenazante y castigadora. Más allá del hecho de tener que guardar silencio en la escuela, es relevante destacar cómo esa imposibilidad de entender a la escuela como habitable siendo reconocido como homosexual se suplía con la formación de grupos de amigos fuera de ella y con la conformación de vínculos con otros que buscaban marcar esa separación dentro de la misma ciudad, no saliendo de ella, como ocurría en los setenta. Una posibilidad, pues, que da luces sobre cómo las dinámicas sociales de los sujetos gais han cambiado en las últimas décadas en el país y cómo han afectado el propio estar en el mundo de los cuerpos homosexuales y de su configuración desde la abyección. Un cambio que se refleja en otro relato de uno de los entrevistados que fue a la escuela durante la última década y que, al mismo tiempo, consolida las afirmaciones realizadas en este apartado:

“Tampoco he tenido problemas así. Tampoco he tenido como ese miedo de ser yo acá en Bucaramanga. O sea, no. Igual como no soy [...] Es que no quiero sonar despectivo [...] No soy, como que no me veo, o, bueno, no me considero yo femenino ni nada así. Entonces, como que nadie me ha dicho como que ‘no sea usted mismo’, porque yo soy como soy y como soy nunca he tenido problemas con nadie [...] en ese sentido, me he sentido como seguro”. (Entrevista 10)

¿Qué ha significado, pues, para los hombres gais haber chocado con estos modos de habitar la escuela?, ¿qué han traído consigo el silencio, la amenaza y el castigo homofóbicos y la negación de la escuela para ser habitable por los cuerpos homosexuales que se reconocieran ante los otros como tal?, ¿derivó esto en una total inmovilidad del sujeto homosexual que habitaba la escuela? Como bien

afirmaba un entrevistado citado previamente, aunque estar en la escuela era un proceso complejo, tampoco poseía una carga de drama tan elevada, al menos para él. Es decir, a pesar de lo que significaba reconocerse como un cuerpo abyecto, como parte de los sujetos con géneros ininteligibles, sus propias posibilidades diversas de acción le permitían al cuerpo mismo generar construcciones sensibles que funcionaban, en primer lugar, como escenarios y medios para un acercamiento con los otros; y, en segundo lugar, para formarse como un cuerpo sensible. Por ello, aunque el silencio y la homofobia estaban siempre presentes, su capacidad de permeabilidad no era infinita, en tanto sí terminaba moldeando las maneras como estas construcciones sensibles se daban desde el cuerpo homosexual y hacia los cuerpos de los otros. Esto es importante, pues es necesario resaltar que, aunque la escuela haya sido, y muy probablemente siga siendo, un lugar habitado por sujetos homosexuales pero inhabitable para ellos mismos, esto no quiere decir que los cuerpos gais sean entes pasivos de una institucionalidad que los moldea libremente. Por el contrario, las propias experiencias permiten espacios de constante resistencia en los que los sujetos como cuerpos tienen posibilidades de ser y estar en la escuela y, al mismo tiempo, incluso, comprenderse como cuerpos homosexuales frente a sí mismos y con algunos otros, a pesar de que el silencio amenazante de la inhabitabilidad continúe siendo hegemónicos.

Conclusión

Habitar la escuela siendo homosexual es resistir a ella. Lo es, porque el borramiento de los cuerpos homosexuales que ha hecho la escuela ha significado tener que crear estrategias para permanecer oculto, cuando es posible hacerlo, y, al mismo tiempo, generar lazos de cercanía con otros cuerpos homosexuales bajo la lupa amenazante y castigadora de la homofobia, cuando también ha sido posible lograrlo. Esto último es importante, en cuanto, a pesar de los intentos de la escuela (y otras instituciones) por desconocer la presencia y la existencia de sujetos gais, estos se han formado a partir de prácticas y deseos subrepticios que

permanecen en el tiempo y que son, justamente, resistencias. De ahí, pues, que, como apuntaban algunos apartados de los relatos biográficos, la escuela no deba entenderse como un calabozo ni como un espacio de total represión que invalide a los sujetos homosexuales, a pesar de ser claramente un lugar de opresión. En la escuela el sujeto homosexual aprende que debe callar, pero también entiende que, precisamente, es homosexual y, sobre todo, que otros también pueden serlo. A diferencia de la familia, en la escuela existen muchas más posibilidades de encontrar unos otros como yo, unos otros sujetos que permitan una existencia más amena y una resistencia más fortalecida. Por eso, aunque el silencio de la escuela haga que el sujeto homosexual calle para otros y se oculte, no le lleva, casi nunca, a callarse para sí mismo. La resistencia, por lo tanto, parte de entender que, aunque la escuela no quiera que uno sea homosexual y no desee que la habite, uno mismo sepa que jamás dejará de serlo.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2012). *Cuerpos de importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2013). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Epstein, D. & Johnson, R. (1994). On the straight and the narrow: the heterosexual presumption, homophobias and schools. En D. Epstein. (ed.). *Challenging lesbian and gay inequalities in education*. Buckingham (Reino Unido): Open University Press.
- Epstein, D., O'Flynn, S. & Telford, D. (2000). "Othering" education: sexualities, silences, and schooling. *Review of Research in Education*, 25, 127-179.

Martínez, M. (2017). "*iCon mis hijos no te metas: no a la ideología de género!*".

Dejusticia. Recuperado de <https://www.dejusticia.org/con-mis-hijos-no-te-metas-no-a-la-ideologia-degenero/>

Planella, J. (2015). *Pedagogías de lo sensible. Cuerpo, cultura y educación*.

Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.

Semana Educación. (2016). *¿Colegios para homosexuales y colegios para*

heterosexuales? En: Revista Semana. Recuperado de

<https://www.semana.com/educacion/articulo/polemicacolegios-para-homosexuales-en-colombia/483401>